



Orbis Tertius, vol. XXX, núm. 41, e335, mayo - octubre 2025. ISSN 1851-7811  
 Universidad Nacional de La Plata  
 Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación  
 IdIHCS (UNLP-CONICET)  
 Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria

## Sarlo

Sergio Pastormerlo

Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria,  
 Instituto de Investigaciones en Humanidades y  
 Ciencias Sociales (UNLP-CONICET), Facultad  
 de Humanidades y Ciencias de la Educación,  
 Universidad Nacional de La Plata, Argentina  
 spastormerlo@gmail.com

 <https://orcid.org/0009-0009-7545-3665>

Cita sugerida: Pastormerlo, S. (2025). Sarlo. *Orbis Tertius*, 30(41), e335. <https://doi.org/10.24215/18517811e335>

Beatriz Sarlo formó parte del primer comité de referato de *Orbis Tertius* junto a Ana María Barrenechea, Nicolás Rosa, Susana Zanetti, José Amícola, Jorge Panesi y Hugo Cowes. Colaboró en aquel primer número de tapas rojas, impreso a fines de 1995, con un artículo sobre “Oralidad y lenguas extranjeras” en la literatura argentina. Desde el regreso a la democracia y durante más de veinte años vino muchas veces a La Plata. Venía a dar charlas, pero también a cumplir con las obligaciones menos seductoras de nuestra profesión, las defensas de tesis, los concursos. La conocí en nuestra facultad, justamente en un concurso, por 1986. No recuerdo qué se concursaba. Recuerdo que en el jurado estaba también Nicolás Rosa. Yo era el estudiante que por primera vez integraba un jurado. Me asignaron la tarea de escribir el borrador del dictamen mientras los demás conversaban y dictaban a varias voces. En algún momento me perdí. Sarlo se dio cuenta, se levantó, se paró detrás de mi silla, se inclinó sobre los papeles que llevaba escritos y convirtió la mezcolanza en un párrafo bien construido. Al rato Nicolás Rosa se puso de pie, dijo que debía irse y que estaría de acuerdo con las conclusiones del jurado. Sarlo dijo: “Nicolás, nos quedamos todos hasta terminar”. Y Nicolás, así como se había parado, volvió a sentarse. Eso es lo que recuerdo: el respeto y la inteligencia con que trataba a un principiante; la convicción con que ejercía la seriedad. Diez años después fui un día a la oficina de *Punto de vista* a hacerle una entrevista. La encontré con un estado gripal que no era leve: la cara congestionada, la voz ronca, los pañuelos que todo el tiempo se llevaba a la nariz. Podría haber postergado, desde luego, la entrevista. Fue a la cocina, preparó dos tazas de té y nos sentamos a conversar.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.



Supongo que una de mis razones para leer más o menos todo lo que Sarlo escribía era su facilidad para condensar en formas breves intuiciones que además de luminosas e inolvidables resultaban aplicables a una infinidad de casos particulares. Doy un ejemplo: “La contrafigura del paseante es el anclado”. Con esa frase terminaba una nota que se publicó en el suplemento literario del diario platense *El Día* el domingo 13 de noviembre de 1994. “Recientemente —empezaba diciendo la presentación— Beatriz Sarlo visitó la Facultad de Humanidades donde sostuvo con un grupo de estudiantes y graduados una extensa charla cuyo tema fue, en principio, su último libro, *Escenas de la vida posmoderna*, que ocupa desde hace tres meses los primeros lugares en las listas de más vendidos...”. La nota extractaba pasajes de la charla y solo reproducía la voz de Sarlo. La brevísima frase final sobre el paseante y el anclado, desplegada como argumentación, venía a explicar cómo la distribución del capital cultural producía dos formas opuestas de exclusión en los consumos de bienes culturales, los excluidos por necesidad y los que elegían excluirse:

Frente al intelectual y sus amigos, para decirlo de algún modo, que son los privilegiados, los paseantes benjaminianos, los *flâneurs* del mercado cultural, dotados de mayor libertad de elección, los que tienen un pluralismo garantizado por su capital cultural, están los homogeneizados excluidos, cuya posibilidad de pluralismo está obturada por la pobreza de capital cultural. A este sector del público se lo excluye anclándolo en un solo lugar del mercado. La contrafigura del paseante es el anclado.

Allí terminaba la nota, pero recuerdo que la voz de Sarlo continuaba con otra frase corta también difícil de olvidar: “El anclado está anclado en Canal 9”. Era el Canal 9 de Alejandro Romay, por entonces el canal de televisión con mayor audiencia. Eran los tiempos de la televisión abierta y la televisión por cable.

Pasaron exactamente treinta años desde esa charla. ¿Qué podría ahora decir, para cerrar estos pocos recuerdos, que no sea demasiado pesimista? Voy a decir que su trayectoria deja ver una contradicción cultural que quizá mantenga alguna vigencia. Cuando Sarlo empezó a escribir para un público más amplio que el público académico estaba escribiendo, en realidad, para un público mucho más reducido que el público de Centro Editor de América Latina. No fueron los artículos publicados en 1993 en la revista *Página/30* sino los publicados desde 2004 en la revista *Viva de Clarín* los que despertaron críticas que crecían en tanto crecía su presencia en medios que eran los viejos medios *masivos*. Pero mientras tanto comenzaba una gran revolución que, como buenos contemporáneos que somos, seguramente no terminaremos de entender. Y perdíamos una distancia respecto de los medios masivos, ahora viejos y nuevos, que habíamos dado por supuesta. A esa distancia, que Sarlo poseía sin esfuerzo, simplemente por haber nacido en 1942, podríamos llamarla una distancia *moral*, para usar la palabra más amplia y más llana.

Sergio Pastormerlo